—¡Por los pecados de nuestros antepasados! Exclamó Don Pacífico. Permita Dios que sea yo sentenciado á vivir eternamente en el Planeta Neptuno, si no es usted la mujer que vá á dar al traste con el poco juicio que me queda.

Vamos, pues, á donde usted quiera: lléveme usted hasta el fin del mundo: viviremos si, así le place, dando vueltas mientras dure nuestra vida al rededor de la esfera que nos sustenta, bien sea en globo, ó cabalgando en *raúdos* si así le parece mejor.

¿Cuando va á ser la marcha?

—Le doy dos días para que acabe de reponerse y para que arregle sus asuntos.

Dentro de tres días muy de mañana lo espero.

—No faltaré, contestó despidiéndose el buen hombre, un poco mohino y salió de la sala.

Al tercer día los amantes se elevaron magestuosamente en un hermoso globo: los *raúdos* lo arrastraron con violencia, y poco después desapareció en el horizonte.

Yo, que había perdido por completo el entusiasmo por los viajes en globo, no tuve por conveniente acompañar á mis amigos aquella vez: por lo tanto, cuando los ví desaparecer regresé incontinente á mi domicilio.

V

Pequeñita, vivaracha, con carita de angel, siempre benévola y risueña, Venturosa se hallaba en la edad en que las niñas al trasformarse en mujeres viven soñando con deliciosos fantasmas, con goces dulcísimos: que sólo piensan en el amor, en la amistad, en el cariño de sus padres y parientes: que por todas partes ven jardines, oyen aves canoras y aspiran perfumes embriagadores.

Entraba en aquella edad feliz en que la ilusión nos engaña con mentidas promesas de dichas quiméricas; en que corriendo la sangre ardiente por las venas con dulce rapidez, inflama la imaginación, haciendo que los sentidos perturbados no vean las cosas con la deformidad que tienen.

Es una traición de la Naturaleza que nos miente mostrándonos brillantes perspectivas, donde no hay más que tristeza y horrores.

Tal vez sea esto, para que podamos recorrer gran parte de nuestro camino sin desesperarnos, con el fin de que lleguemos á concluir la misión que á cada uno se nos ha confiado.

Mas sea de esto lo que fuere, la verdad es que la linda Venturosa vivía en un edén.

Como era una de esas criaturas privilegiadas, de las que para significar la facilidad con que se atraen las simpatías de la generalidad de la gente, se dice, que tienen la sangre muy ligera, resultaba que en todas partes era recibida con demostraciones entusiastas de cariño.

Hombres y mujeres se disputaban su amistad, y donde quiera que llegaba parecía que iba con ella la alegría.

Su vida, pues, se deslizaba apacible y serena, gozando del gran placer de ser querida por todos.

Como era bien formada, y su sangre de la más pura, su bienestar físico estaba en perfecta armonía con los goces del alma que su rica imaginación le proporcionaba.

En resumen, Venturosa era la criatura más feliz: era la niña mimada de la familia, sin que sus hermanas se encelaran por la preferencia de que era objeto, puesto que ellas tácitamente se la acordaban.

Las amistades de la casa iban por ella frecuentemente para llevarla á paseo, para invitarla á comidas, á meriendas, á bailes, ó simplemente para que pasara el día á su lado.

De suerte que Venturosa poco permanecía en su casa, y se sabía cuando estaba en ella, porque á través de los cristales de su ventana se escuchaban como el gorjeo de un zenzontle, los trémolos argentinos de su garganta.

Cuántos amadores quemarían incienso á los pies de la bella feliz, fácil es imaginarlo; pero su corazón bondadoso para todos, quería conservarse libre.

Acaso Venturosa no encontraba aún su bello ideal entre la turba de galanes que la acediaban. Conformidad era el objeto especial de su cariño, porque el talento que la adornaba unido á su excelente carácter, á su ternura y á su propensión á los sueños, hacían que la joven se sintiera atraida hacia su hermana con irresistible fuerza.

Venturosa, siempre que podía, procuraba pasar el tiempo al lado de su hermana. Le agradaba mucho oir discurrir á Conformidad sobre lo efímero de las dichas de la vida; sobre los perennes y positivos goces que les ofrecía la mansión de los bienaventurados.

A veces era tal el fuego de la imaginación de la hermosa soñadora, que prorrumpía en un torrente de elocuencia, lleno de descripciones magníficas, de férvidas esperanzas, de idealismo y de sentimiento.

Venturosa la contemplaba sin pestañear, su pecho se agitaba, se conmovía todo su sér deslizándose silenciosas lágrimas por sus mejillas.

Conformidad, que la observaba, la abrazaba enternecida y la escena concluía con una lluvia de lágrimas y de besos.

Muchas veces repitieron aquellas conferencias en mi presencia, y gozaba á la vez que aquellos magníficos corazones.

Gozaban en verdad, porque llorar mezclando sus lágrimas dos séres qne se aman, es el mayor de los placeres que pueden sentirse en la vida terrestre, si el llanto es originado, como aquí sucedía, por sentimientos de ternura.

Cuando Venturosa no salía de casa, iban á ella muchos amigos. La sala se poblaba de rostros halagüeños, reinando en la reunión la más cordial alegría.

En estos casos, Conformidad acompañaba á su hermana. Agitación también pasaba algunos ratos con ella y lo mismo hacía Fabril y D. Austero, que por lo regular se hallaba trabajando en su gabinete. Pero el buen señor abandonaba sus libros é iba á tomar parte en las fiestas de su hija á quien no sin temor contemplaba tan dichosa, porque pensaba que semejantes dichas no pueden durar mucho en los mundos que se hallan lejos de la perfección.

Yo pasaba algunos ratos acompañando á mis amiguitas, á quienes había cobrado mucho cariño.

Algunas veces solía penetrar en el gabinete de Don Austero para aprender algo nuevo en sus libros, ó en sus instrumentos científicos.

Como yo participaba de la preocupación de D. Austero respecto á Venturosa, procuraba no perderla mucho de vista, porque pensaba que inopinadamente podría prestarle algun auxilio.

Cierta tarde llegaron por la joven unas amiguitas para llevarla al teatro: desde luego me propuse acompañarla aprovechando la ocasión de conocer los adelantos del arte dramático en Morania.

El local á que concurrimos no carecía de lujo y elegancia, si bien su estructura difería de los teatros de la Tierra.

La planta formaba un triangulo sobre uno de cuyos lados se levantaba el escenario, y en el ángulo opuesto se redondeaba la construcción con un pequeño arco. En cada piso se elevaba una gradería que podía contener gran número de espectadores, colocados cómodamente, sin que ninguno dejase de ver el espectáculo.

Respecto de las representaciones sucedía allí una cosa bien singular y era que no estaban escritas las piezas que se habían de representar.

Reunidos los actores, el Director proponía un argumento, repartía los papeles, y hecho cada uno cargo de lo que tenía que hacer, se alzaba el telón y se improvisaba la pieza.

Este sistema, si bien ponía á prueba el talento de los cómicos, también producia despropósitos de consideración.

Algunas veces se complicaban de tal manera las situaciones y se enredaban tanto los actores que se tenía que añadir un acto complementario para el desenlace; ó bien el Director acudía á algún arbitrio extraordinario para terminar la función con un golpe teatral.

La noche que acompañé á Venturosa sucedió una cosa semejante; uno de los actores, que por lo visto no estaba de vena, puso poco cuidado en el programa del Director, y con su torpeza embrolló las cosas de manera que sus compañeros desorientados también, no hacian cosa que fuera de provecho.

El público, que veía los apuros de la compañía, reía, pateaba, silbaba y bufaba, pidiendo á gritos un desenlace á todo trance.

No atinando el Director, que también se hallaba aturdido, el modo de desenredar aquella maraña, le pareció que podía salir del paso fingiendo que la casa donde se suponía la escena se incendiaba, desplomaba y aplastaba á todos los personajes que tomaban parte en ella.

Dispuso, pues, que hacinaran algunas materias combustibles, y les diesen fuego. Mas en la barahunda que se había armado, sus órdenes no fueron bien comprendidas ni ejecutadas. El combustible fué colocado inconvenientemente en mayor cantidad de la necesaria y el fuego incendió los telones propagándose muy pronto al salón.

El desorden más inaudito, la confusión más deplorable se produjeron en el acto entre los espectadores.

Todo era gritos, clamores, empujones, carreras, maldiciones y llanto. Cada uno procuraba salvarse sin atender á los demás: unos rodaban las escaleras, otros se arrojaban de las galerias ó saltaban por las ventanas; quien era derribado y pisoteado por los que venían detrás, y á quien sacaban en peso los otros, sin que pusieran los pies en el suelo.

En tan triste situación, todos habían abandonado á Venturosa, cuyo corazón latía con terrible angustia. La pobrecilla no sabía

qué partido tomar; se apretaba las manos, murmuraba palabras incoherentes y levantaba los ojos al cielo con expresión suplicante.

En tan críticos momentos se me presentaba una ocasión favorable de prestar un importante servicio á mi simpática amiga y la acepté con el mayor gusto.

Desde luego traté de inquirir el sitio más propicio para escapar, registrando los rincones del teatro. En mi correría descubrí un apuesto joven que era uno de los adoradores de Venturosa y que pugnaba como todos por salir.

Pude insinuarle la posición comprometida en que la joven se hallaba, llamándole la atención hacia el lugar que ocupaba, con lo que inmediatamente se dirijió el mancebo á ofrecer sus servicios.

Cuando la ví acompañada volví á mis observaciones, logrando encontrar un tabique de tablas delgadas fácil de derribar, y que ponía en comunicación el piso en que estaba Venturosa con el interior del foro. Pasé al lado opuesto y noté lleno de satisfacción que por allí aun no se extendía el fuego.

Corrí inmediatamente al lado de los jóvenes, que no se habían movido y logré insuflar en el cerebro del galán las siguientes ideas: "A mano derecha, al fin de la galería, hay un tabique de tablas fácil de derribar."

El joven volvió la cabeza buscando quién le habia insinuado aquellas ideas que le parecía haber oido, y quedó admirado de no hallar alguno cerca de él. No hay tiempo que perder añadi impaciente.

Es verdad, dijo el galán, y ofreciendo el brazo á Venturosa, corrimos los tres, derribamos el tabique y pronto nos vimos del otro lado.

Como los cómicos habían huido por una puerta trasera y el público que veía el fuego en el foro trataba de salir por el pórtico, aquella parte estaba desierta.

Después de recorrer un pasadizo y una sala, hallamos la escalera que conducía al guardaropa, el que atravesamos de prisa porque ya se acercaba por allí el fuego, y encontramos al fin la puerta que nos dió salida para la calle.

Venturosa tuvo necesidad de detenerse para respirar; su compañero le prodigó las atenciones más cariñosas.

Yo, aunque invisible para ella, no la abandoné un momento hasta que llegó á su casa, donde Don Austero y Fabril alarmados con la noticia del incendio se disponían á salir en busca de la querida joven.

Venturosa dió las gracias más expresivas ofreciendo también su casa al galán que la acompañó, el cual se retiró lleno de esperanza de ser correspondido.

Pero Venturosa desde aquella noche fatal, cayó en una profunda melancolía: las impresiones que sufrió fueron demasiado violentas y le hicieron mal.

El peligro que había corrido le advertía que en un momento podía romperse el prisma de felicidad por el cual hasta entonces había visto la vida, hiriendo el destino fatal á alguna de las personas que amaba ó tal vez á ella misma.

Pensaba que cuanto en el mundo le era querido, podía desaparecer en un instante de su vista, y de tan tristes ideas no bastaban á separarla las cariñosas reflexiones de Conformidad.

Además, sentía Venturosa que en su corazón tomaba cuerpo un sentimiento desconocido hasta entonces, que se adunaba con el recuerdo del incendio y con la imagen del galán que la salvó.

Por su parte, Afable iba diariamente á visitarla y le inspiraba mayor interés la joven por el estado de exquisita sensibilidad en que se hallaba.

De día en día, las visitas de Afable fueron siendo más necesarias para Venturosa, y cuando pasaban algunos minutos de la hora acostumbrada para recibirlas, sentía una inquietud y un desasosiego que iban creciendo, hasta que llena de júbilo oía acercarse los pasos de su amigo.

Entonces era verdaderamente feliz porque se sentía amada, y porque correspondía á aquel dulce afecto con toda la ternura de su alma.

Muchas veces se entretenía haciendo castillos en el aire sobre su probable unión con Afable: después la duda venía á turbar aquellos sueños de felicidad y caía Venturosa en un profundo abatimiento.

¡Pobre criatura! fácilmente se notaba que su bella faz se iba marchitando; había palidecido sensiblemente y un tinte de melancolía se notaba en su mirada, tan serena y clara en otro tiempo.

Aquellos síntomas habían alarmado á la familia, y todos, á porfía, se esmeraban en proporcionar distracción á la interesante enferma rodeándola de cuantos cuidados podían.

Don Austero abandonaba con frecuencia su estudio, para acompañar á su hija.

Fabril, que amaba con predilección á la menor de sus hermanas, se hallaba preocupado por aquella rara enfermedad.

Yo participaba de las alarmas de la familia, tanto más cuanto que preveía con mayor exactitud los funestos resultados del mal.

Pero sobre todos, Conformidad estaba profundamente afectada. No se separaba de su hermana, á quien prodigaba los más tiernos cuidados, las más dulces caricias.

Venturosa se manifestaba resignada y casi contenta por su próximo tránsito á Mercurio, prueba que le faltaba para llegar al espléndido Sol.

Mas Conformidad, tan soñadora con la felicidad de ultratumba, oía discurrir á su hermana extremeciéndose, y procuraba apartar la imaginación de la enferma de tan tristes pensamientos.

Se entablaban entonces entre las dos diálogos interminables en los que Conformidad tenía grandes trabajos para sostener con sofismas lo contrario de lo que en tantas ocasiones había predicado con arrebatadora elocuencia.

Venturosa le hacía presente que el separarse de la vida era dar el último paso en el camino de la perfección, acercándose á la suprema dicha, cosa que debían aplaudir las personas que la amaban.

Conformidad, con el egoismo consiguiente al cariño, quería persuadirla que era conveniente antes de emprender tan largo viaje, conocer todas las fases y detalles de la vida: que siendo joven y bella podía gozar muchos días de felicidad y de amor, pues siempre había tiempo de morir.

No obstante, la enfermita redargüía á su hermana con sus mismas anteriores enseñanzas sobre la conveniencia de acercarse cuanto antes á la mansión del eterno gozo, con lo que concluía Conformidad con no tener nada que replicar.

Afable continuaba visitando con frecuencia á Venturosa, á quien amaba con pasión, y asistía muchas veces á las discusiones de las dos hermanas en las que solía tomar parte. Al fin había sido correspondido por la interesante enferma y aceptado por la familia.

Solamente se esperaba el restablecimiento de Venturosa para que los amantes se ligaran con dulcísimo lazo.

Así marcharon las cosas por algún tiempo, si bien agravándose los males de la joven.

Una mañana oí desde mi habitación lamentos dolorosos: varias voces, entre las que sobresalía la de Conformidad, daban al aire tristes ayes, y al destino sentidas quejas de su desgracia.

Era el caso que Venturosa había dejado de existir.

Don Austero, Fabril, Conformidad, las criadas y yo rodeábamos el lecho virginal.

Las demostraciones de dolor de aquellas buenas gentes me conmovieron, y no era yo el que menos sentía la partida de aquel espíritu bondadoso.

Venturosa yacía recostada sobre las almohadas; tenía los ojos entreabiertos, y su linda boca parecía animada por una suave sonrisa: estaba su cuerpo cubierto con la ropa de la cama, su mano derecha descansaba sobre el corazón y la izquierda quedaba tendida á lo largo sobre el cobertor.

¡Basta ya de dolor! Exclamó Don Austero: mi hija se aproxima á la gloria sin fin y debemos celebrar su felicidad. No lleguen personas extrañas á sorprender nuestra pena y nos tachen de malos creyentes.

¡Que cada uno cumpla con su deber!

¡Conformidad! que Prolijidad te ayude á vestir el cuerpo de tu hermana; le pondrás sus mejores joyas.

¡Fabril! Tú te entenderás con el arreglo del funeral: no omitirás gasto alguno.

¡Economía! usted dispondrá el festín para los concurrentes, buscando para ello quien le ayude.

Después, cada cual se vestirá con su mejores galas, coronándose de flores, para recibir dignamente á nuestros amigos.

Algunas horas después, el cuerpo de Venturosa, vestido con un rico traje azul cielo, emblema de las regiones que debía atravesar su espíritu, descansaba en un lujoso lecho colocado en medio de la sala, rodeado de pebeteros que exhalaban deliciosos perfumes. En las paredes se habían colgado jaulas de aves canoras y guirnaldas de flores.

Multitud de luces iluminarían la estancia cuando llegara la noche.

Oculta en una pieza inmediata, una música dulcísima hacía oír sus armoniosos acordes.

En otro salón había dispuesta una gran mesa cubierta con toda clase de bebidas y refrescos, donde los visitantes iban á hacer libaciones y á entonar cánticos en honor del espíritu dichoso que se había desprendido de los toscos lazos de la materia.

Don Austero, Fabril, Conformidad y Afable, se hallaban con sus mejores vestidos sentados en la sala, recibiendo á los amigos que llegaban también lujosamente ataviados á felicitarlos por la partida de Venturosa.

Me causaba horror contemplar el bárbaro sufrimiento de aquellos amantes corazones que tenían que afectar alegría, cuando eran presa de fiero dolor, y estaban obligados á contemporizar con los que llegaban coronados de flores, con la sonrisa en los labios, á darles el parabién, cuando sus almas eran destrozadas con horribles penas.

Ni las creencias religiosas bastaban para consolar á aquellos espíritus atribulados; porque aunque creían firmemente que el de Venturosa se acercaba á la felicidad ¡cuándo volverían á encontrarlo! ¡cuándo gozarían de nuevo á su lado, de sus atractivos, de su bello carácter, de sus variados y risueños pensamientos, de su ternura, de su cariño!

¡Terrible separación cuyo término no puede preverse!

Estas ideas torturaban á los miembros de aquella familia poco antes tan dichosa.

De vez en cuando, alguno de ellos desaparecía retirándose á lo más apartado de la habitación para desahogar libremente su dolor.

Conformidad, rodeada de sus amigas, hacía los honores de la casa; pero cuando ya no le era posible dominarse, se retiraba con alguna de las más íntimas para dar rienda suelta á su quebranto.

Después se componía el semblante, dándose color, para borrar las huellas del llanto, única vez que semejante despropósito se permite allí al bello sexo; y arreglado el traje y compuesto el tocado, volvía á la sala aparentando tranquilidad.

Coros de niñas vestidas color de azul cielo y coronadas de rosas blancas, cantaban himnos al rededor del cadáver, arrojaban flores y regaban aguas perfumadas.

Así pasó toda la noche; al amanecer el siguiente día, salió de la casa el cortejo, precedido de los músicos y acompañado de los amigos de la familia.

Cuando llegaron á un hermoso jardín, que tal parecía el cementerio, los concurrentes formaron círculo al rededor del atahud y entonaron un canto de despedida que nada tenía de fúnebre.

Después de que el cuerpo fué depositado en un túmulo preparado al efecto y que se hubo cubierto con la losa, los concurrentes hicieron libaciones, bailaron al derredor de la tumba y se retiraron acompañados de la música que tocaba las piezas más alegres.

Llegado que hubieron á la casa mortuoria, hallaron dispuesta una gran mesa con exquisitos manjares en la misma sala donde había estado expuesto el cuerpo de Venturosa y la cual se había ventilado y fumigado convenientemente.

Terminado que fué el opíparo banquete, la concurrencia se retiró felicitando de nuevo á la familia.

Concluido el ceremonial se hizo correr la voz de que Don Austero Esplanada se marchaba al campo con sus hijos para celebrar mejor la felicidad de Venturosa.

La verdad era que se cerró la casa para todo el mundo, con el fin de entregarse al dolor con toda libertad.

Un mes duró el retraimiento de la familia, al fin del cual se fingió la vuelta del campo.

La muerte de Venturosa y la ausencia de Agitación, habían esparcido en la casa de Don Austero una gran tristeza.

Yo que sufría con las penas de mis huéspedes, y más con las de la tierna Conformidad, resolví abandonar el país y dirigirme á Colura para continuar mis investigaciones.

VI.

No sin pesadumbre abandoné la casa de Don Austero, donde en el seno de su excelente familia había pasado días de verdadero contento.

Dejé á la sentimental Conformidad, que desde la muerte de su hermana se había concentrado más en sí misma, absorta como siempre sobre la vida de ultratumba; pero deplorando la soledad en que vivía, se operaba en ella cierto cambio que favorecía ciertamente las aspiraciones de Asiduo.

Pudo, pues, el enamorado joven concebir lisonjeras esperanzas, sobre la unión más ó menos próxima con su amada.

Estando así las cosas, me arranqué haciéndome violencia de aquella querida casa: me remonté á la región de las nubes y tomé la dirección de Colura.

Poco cuidado puse en el país que recorría preocupado como iba por mis amigos de Denor, y sólo al llegar á la frontera, ya fijé la atención en la comarca que se deslizaba rápidamente bajo mis pies.

La frontera de Morania había sido poblada por destacamentos militares y por caravanas de comerciantes que formaban poblaciones.

Fuertes establecidos en puntos estratégicos, garantizaban al país de una invasión y protejían su comercio.